

Ministerio de Educación, Ciencia y Tecnología de la Nación
Dirección Nacional de Gestión Curricular y Formación Docente
Área de Desarrollo Profesional Docente

Cine y Formación Docente 2006

Lunes 18 de septiembre en General Pico, La Pampa.

Las convocatorias nacionales de la última dictadura

Ezequiel Sirlin (UBA)

El último régimen militar buscó perpetuarse con medios que las dictaduras anteriores de la Argentina no habían implementado. No sólo se distinguió de ellas por haber llevado a cabo una matanza administrada de una categoría de personas, ni por haber elaborado suplicios desconocidos, ni por haber contemplado la desindustrialización relativa; sino que otra de las particularidades distintivas consiste en que continuamente intentó proponer una empresa belicista o confrontativa, de convocatoria nacional, contra un enemigo por ella construido y proyectado.

Primero fue la llamada “guerra contra la subversión”, el enemigo que había unificado a la corporación militar en el pacto de sangre que la condujo al poder desde donde ese enemigo fue proyectado hacia la nación toda. La supuesta amenaza debía ser aniquilada por una acción mancomunada del Estado y la sociedad: “un puesto de lucha para cada ciudadano”, había dicho Videla en su discurso inaugural.

Más tarde, cuando las organizaciones revolucionarias habían sido derrotadas y la sociedad se mostraba disciplinada, fue instalada de la noche a la mañana la guerra con Chile. La confrontación bélica no llegaría a concretarse pero, a través de consignas y preparativos, la corporación militar instrumentó la inminencia de la guerra en distintos momentos de 1977 y 1978 para regenerar su proyección política conectándose nuevamente con la sociedad mientras la preparaba para el

conflicto armado a pesar de la resistencia de Videla y Viola.

Al mismo tiempo, durante 1978 y avanzando hacia 1979 y 1980, fueron llevados al primer plano de la enemistad nacional quienes promovían la “campaña antiargentina”: familiares de desaparecidos y exiliados que denunciaban el genocidio desde el exterior, jugadores de selecciones extranjeras que se habían interesado por las Madres de Plaza de Mayo durante el Mundial 78, o los inspectores de la Comisión de la OEA que arribaría al país en 1979. Los mundiales de fútbol de 1978 y 1979 fueron convertidos en empresas nacionales dirigidas contra este renovado enemigo. El régimen creador de atmósferas dio a los festejos el sentido de un reencuentro nacional, “sin descontentos”, de la misma sociedad que había fragmentado en su afán demonizador, represivo y anticorporativista.

Por último, la reconquista de Malvinas en manos de los usurpadores ingleses; la empresa más paradójica y autodestructiva de la última dictadura.

Desde luego que la instrumentación del sentimiento nacional por parte del Estado tenía una larga historia en la Argentina así como en la mayoría de los Estado-naciones modernos. Sin embargo, en nuestro país, las sucesivas apelaciones a la “causa patriótica” nunca habían llevado al enfrentamiento con otra nación, a no ser en el marco de la situación de poder más precaria que conoció el Estado argentino en su período de formación moderna: la

presidencia de Mitre que buscó fortalecerse en la Guerra al Paraguay.

En cuanto a la construcción de “enemigos nacionales” en función de la permanencia en el poder, lo novedoso durante la última dictadura no fue su llamamiento contra la “insurgencia revolucionaria” ya demonizada y magnificada por los golpes militares de 1930, 1943 y 1966. Lo singular en el punto de congregar un “nosotros nacional” en un marco de enfrentamiento fueron las guerras planteadas contra otras naciones. Primero Chile y luego Inglaterra, dos países que lejos de encarnar contrafiguras ideológicas como la “subversión marxista”, constituían los modelos más cercanos de la dictadura argentina en lo que refiere a anticomunismo dictatorial en el primer caso, neoconservadurismo en el segundo, y neoliberalismo en los dos casos.

Suele advertirse que las dictaduras son más propicias a entablar conflictos bélicos que las democracias porque necesitan de las guerras más que aquellas para resolver sus contradicciones esenciales unificando el frente interno al invocar la “unión sagrada”. Pero, aunque de hecho resulte difícil encontrar a lo largo de los siglos XIX y XX enfrentamientos bélicos entre dos naciones medianamente democráticas, en la Argentina ninguna de las dictaduras anteriores había arrastrado a la sociedad a una guerra, ni había estado cerca de hacerlo.

La necesidad de presentar en todo momento un enemigo nacional frente al cual urgía la reacción conjunta debió ser muy fuerte porque el último régimen militar rara vez se privó de ellos y porque estuvo dispuesto a construirlos, a renovarlos, en todo momento. Junto al genocidio y al desguace económico tendiente a una desindustrialización relativa, la concatenación de “empresas nacionales” constituye uno de los rasgos más singulares de la dictadura iniciada en 1976, los impulsos que la llevaron a

mantener el movimiento sin discontinuar la convocatoria fueron diversos y no siempre evidentes. En la inspección de este costado del “Proceso” veremos que en buena medida la dictadura “más totalitaria” de la Argentina es susceptible de ser iluminada por algunos descubrimientos de Arendt sobre los totalitarismos europeos, respecto de los cuales el caso local presenta elementos comunes y otros sustancialmente disímiles, incomparables.

I. Un primer factor, que compellía al régimen a no discontinuar las convocatorias contra nuevos enemigos, se relaciona con la necesidad que en general presentan los regímenes autoritarios de justificar su presencia en el poder prorrogándola, indefinidamente, en la medida en que “las amenazas” contra la nación no han cesado. En cierto modo, las dictaduras contemporáneas al reinado del principio de legitimidad que había comenzado a imponerse con la Revolución francesa, las revoluciones del siglo XIX y las revoluciones rusas de 1905 y 1917, se sintieron obligadas a justificar su razón de ser “excepcional”. Nunca volverían a ser autocracias “sin culpa”, naturalizadas por la legítima tradición, sino desviaciones de la norma que debían ser justificadas por discursos que ocultaran sus contradicciones dentro del nuevo mundo político.

Algunos historiadores han reparado que incluso en la Alemania nazi, donde el principio de liderazgo natural del *Führer* sobre “las masas con instinto de rebaño” constituía el basamento implícito de la forma política, Hitler gobernó por medio de una legislación de excepción como la Ley de Plenos Poderes que fue prorrogando sucesivamente¹. Jamás derogó la constitución de Weimar aunque era evidente que nunca volvería a tenerla en

¹ Karl Bracher, *La dictadura alemana*, Alianza, Madrid, 1995, véase el cap.4: “La marcha al poder”.

cuenta.

Una justificación equivalente fue sostenida por la dictadura argentina que una y otra vez renovó el escenario de las “circunstancias decisivas”, “tiempos de emergencia”, en los que era necesario aplazar las disidencias internas. Desde el comienzo, el régimen proclamaba que la “democracia” era el sistema natural al que deseaba arribar una vez cumplidos los objetivos de la “reorganización”. El discurso de la dictadura estaba habitado por el contradiscurso, es decir, que la democracia quedaba salvaguardada como ideal en las palabras. Pero, para que el retorno de las elecciones se concretara, no sólo debían cumplirse los objetivos declarados en torno a la “reorganización nacional”, sino también, las aventuras mediante las cuales el régimen procuraría prolongarse o, al menos, extender el “tiempo de descuento” que sin duda comenzaría a correr más rápido luego del hundimiento económico de 1981.

Las consideraciones de Arendt sobre el horror a la quietud y la necesidad de movimiento que experimentaban los regímenes totalitarios son en buena medida aplicables a la última dictadura de la Argentina. Lo que la pensadora alemana llamaba “la paradoja del totalitarismo en el poder” consistía en que para estos regímenes llegar al poder significaba “un enfrentamiento directo con la realidad”, “una preocupación constante” que lo impelía a no detener el movimiento². De ahí, explicaba ella, “la manía al desplazamiento perpetuo de los totalitarismos que sólo pueden hallarse en el poder mientras estén en marcha y pongan en movimiento a todo lo que haya en torno a ellos”³.

Una presión de similares características acorralaba a la dictadura

argentina. En verdad, la sensación de “tiempo de descuento” se había activado para ella desde el primer día en el poder. A diferencia de los fascismos clásicos, el “Proceso” carecía de una etapa “utópico-movimientista” centrada en promesas anticapitalistas a las clases subalternas que no iba a poder cumplir. Sin embargo, el cemento ideológico que cohesionaba a la corporación militar, no estaba exento de ideas y nociones nacionalistas-populares que amenazaban con bloquear la refundación neoliberal que sustentaban Videla y Martínez de Hoz. La resolución de estas tensiones internas de la dictadura se veían aplazadas con los llamamientos mencionados.

II. En segundo lugar, la apelación a lo nacional, permitía al régimen congraciarse de múltiples maneras con la sociedad y construir la imagen de una nación cohesionada por “intereses transversales” al conflicto entre las clases: “25 millones de argentinos jugaremos el mundial”, “unidos es más fácil”, rezaban las consignas en uno y otro momento llamando a la confraternidad después del genocidio. Que el llamamiento tuviera éxito era vital para un régimen que había descartado por igual los “plebiscitos del sí” y el corporativismo al que habían apelado las dictaduras de 1930, 1943 y 1966 aunque más no fuera para montar una ficción de comunicación con la sociedad, sustituta del sistema electoral clausurado. El régimen militar que nos ocupa carecía también de recursos carismáticos para ensayar una salida bonapartista⁴. De manera que habiendo atomizado a la sociedad -destruyendo asociaciones de base y apelando al accionar del mercado-, ahora debía reunir a esos mismos individuos en otro tipo de convocatoria: en reencuentros colectivos prefigurados por su voz rectora. El

² Hannah Arendt, *Los orígenes del totalitarismo*, Planeta-Agostini, Bs.As., Barcelona, 1994, Vol. 2, p.482.

³ *Ibid.*, p.386.

⁴ Si bien algunos jefes procesistas como Massera proyectaron estrategias de continuidad terropopulistas.

régimen terminó de descubrirlo durante el Mundial 78; en un contexto de exaltación triunfalista era posible dirigirse a una multitud modelada por discursos adulatorios sin que el alma colectiva notara la contradicción que existía entre esos elogios y el cercenamiento del derecho a voto. Algo en cierto sentido similar había sucedido en la Alemania nazi: el pueblo, rebaño naturalmente dependiente de la dirección del *Führer*, se transformaba en *Herrenvolk* (“pueblo de señores conquistadores”) al momento de expandirse contra las poblaciones “racialmente inferiores”.

De manera equivalente, para los militares argentinos, el pueblo se convertía en merecedor de los mejores elogios sólo cuando se encontraba encarrilado en las empresas nacionales que desplegaban sus autoridades. En estos casos, el discurso oficial no tenía reparos en imaginarlo maduro y responsable, olvidando la minoridad por la cual “las urnas estaban bien guardadas”. Como señala López Jordán, cualquier triunfo que pudiera ser exhibido como un logro nacional, desde la consagración de una Miss Universo argentina, o el buen desempeño de un tenista o un automovilista en la competencia mundial, contribuían a dulcificar la relación sobre la base de ocultar lo más evidente⁵. Pero, en particular, la nacionalización de los triunfos futbolísticos permitía que se realizaran reuniones masivas sin que la Junta Militar fuera reprobada en los estadios.

En este sentido, el “Proceso” tenía necesidades bélicas muy similares a las del fascismo clásico de entreguerras a pesar de las múltiples diferencias que pueden establecerse con aquellos regímenes. La dictadura argentina carecía de una etapa movimientista de clases medias seducidas por planteos antisocialistas y

anticapitalistas a la vez. También carecía de impulsos ideológicos y estéticos supermovilizadores que lo llevaran a plantear “una revolución contra la revolución”. Pero, aunque tampoco el régimen llegaría a consolidar un principio de jefatura indiscutida ni siquiera en el seno de la corporación militar, sí lograría masificar a los argentinos en plazas “enteramente nacionales” superando por poco tiempo las contradicciones esenciales de los autoritarismos en el mundo occidental-contemporáneo. Mientras duraba la conexión en un clima triunfal, el régimen, y buena parte de la sociedad, podían olvidarse de que aquello era una dictadura que había secuestrado y asesinado a miles de argentinos y que estaba destruyendo la economía. Más aún, como han señalado diversos analistas respecto a la guerra con Chile y a la guerra de Malvinas, el Ejército “nocturno” podía transformarse en “diurno”, cambiando “guerra sucia” por “guerra limpia”, buscando un acercamiento con la sociedad que no habían conseguido en su llamamiento contra la subversión⁶. El caso del Teniente de Navío Alfredo Astiz lo ilustra claramente: guerra mediante, el alias “rubio” de la represión clandestina mutaba por unos días en conductor de los comandos “Lagartos Argentinos”, narrados como héroes de la resistencia nacional en las Georgias del Sur. Es posible que los jefes procesistas se hubieran conformado con el consentimiento pasivo de los argentinos pero en los hechos buscaron un consenso activo que sacara a la sociedad del abstencionismo.

¿Fue continua la sucesión de convocatorias nacionales durante la última dictadura? El reciente trabajo de Novaro y Palermo nos permite objetivar la discontinuidad del año 1981 durante la

⁵ Alberto R. Jordán, *El Proceso 1976-1983*, Emecé, Bs.As., 1993, p.127.

⁶ María Seoane y Vicente Muleiro, *El dictador. Historia secreta y pública de Jorge Rafael Videla*, Sudamericana, Bs. As., 2001, p.391.

presidencia de Viola⁷. La desorientación política que el régimen sufrió cuando perdió la iniciativa de convocar a una nueva empresa, reveló lo necesarias que éstas eran para la dictadura. El inmovilismo en el poder durante la presidencia de Viola coincidió con el fracaso de enmendar al “Proceso” justo en el momento en que se producía el derrumbe económico y un deshielo social y cultural que el régimen no lograba detener. Tan profunda fue la sensación de pérdida de rumbo que sintió la corporación militar estancada en poder, que por primera vez desde marzo de 1976, los “duros” del Ejército, arrebataron el control a la conducción Videla-Viola, destituyendo a éste último a favor de Galtieri: un general decidido a recuperar la iniciativa por medio del más audaz de los llamamientos nacionales.

III. La destitución de Viola nos conduce a un tercer factor de alta incidencia en la continuidad de empresas nacionales confrontativas: la competencia interna por el poder. Como había sucedido durante la represión y el genocidio en los años 76 y 77⁸, a propósito de las guerras con otras naciones los “duros” presionaban a los “blandos” para ganar posiciones, mientras éstos intentaban mostrarse no tan “blandos” con tal de conservar su liderazgo en las fuerzas. No es casual que la guerra con Chile y la reconquista militar de Malvinas hayan sido impulsadas por la Armada (Massera y Anaya) tanto como por los duros del

Ejército que ambicionaban conducir el régimen: Benjamín Menéndez, Suárez Mason, Santiago Omar Riveros y, más tarde, Galtieri. En uno y otro momento, quien más decidido se mostrara seduciendo a las fuerzas con promesas de triunfos históricos, ganancias patrióticas y succulentos aumentos en la compra de armamentos, ganaría apoyos en un lugar decisivo: el cuerpo de generales del Ejército, quienes reunidos constituían, no una “asamblea soberana”, pero sí la instancia decisiva para la sucesión interna de la más alta conducción. De hecho, obteniendo el apoyo de este cuerpo fue como Galtieri logró arrebatarse la conducción a Viola.

Pero antes de que esto ocurriera, fue durante el conflicto con Chile cuando la competencia interna de poder puso de manifiesto lo precario que era el liderazgo militar de Videla y la falta de conformación institucional de un régimen determinado por internas aplazadas pero no resueltas. Dos cosas que contrastaban con la dictadura chilena. La estrategia de Massera desde que el conflicto con Chile había quedado planteado, consistió en promover a Suárez Mason a la jefatura del Ejército, emitiendo discursos belicistas en las bases militares del Sur con el objetivo de ganarse el apoyo de los jefes de cuerpos y regimientos. Mientras Videla y Viola apostaban a una solución diplomática mediada por el Vaticano y Estados Unidos, Massera entablaba contactos con el Ejército de Bolivia en busca de un potencial aliado para la guerra. Presionando a la conducción, algunos cuerpos del Ejército argentino comenzaron sus aprestos para el combate. Los duros, lanzaron gritos de guerra y movilizaron tropas al tiempo que diseñaron el ataque argentino. Frente a ello, Videla evidenció su condición de mero *primus inter pares* entre los generales del Ejército cuando accedió a firmar el decreto que autorizaba la invasión denominada Operativo Soberanía cuyo inicio se fijó para el 20

⁷ Marcos Novaro y Vicente Palermo, *La dictadura militar 1976-1983. Del golpe de Estado a la restauración democrática*, Paidós, Buenos Aires, 2003, cap. V.

⁸ Como señala Claudio Uriarte en su biografía de Massera, la acumulación de poder dentro del partido militar se medía por el número de muertos y detenidos que podían adjudicarse los jefes de la represión: “quien más reprimía, más poder tenía”. En *Almirante Cero. Biografía no autorizada de Emilio Eduardo Massera*, Planeta, 1991, p.110.

de septiembre de 1978. Entre las distintas hipótesis que contemplaba el alto mando argentino figuraba la regionalización de la guerra en el caso muy probable de que Bolivia y Perú intervinieran contra Chile, y en el caso menos probable de que Brasil lo hiciera contra Argentina buscando reconstituir el equilibrio regional⁹.

¿Cuáles eran las principales motivaciones de los mandos que impulsaban una aventura de este calibre? Además del triunfalismo basado en una supuesta superioridad de la infantería argentina compuesta por “soldados invictos”, existían desde luego otras razones. Como señalan Seoane y Muleiro, “la guerra era necesaria para crear un escenario donde reinaran quienes mandaban en sus armas”. El oportunismo de los postulantes a la jefatura del Ejército que como Galtieri alternaron de una posición moderada a una belicista de acuerdo a las circunstancias de la interna militar, pone de manifiesto que la soberanía de las islas del Beagle no era lo primordial para ellos¹⁰.

IV. Finalmente, un cuarto factor interviniente en el conflicto con Chile y más aún durante Malvinas se relaciona con los impulsos comúnmente denominados “huida hacia adelante”. Cuando los militares advirtieron que más tarde o más temprano buena parte de la opinión pública mundial y de la sociedad argentina los iba a obligar a rendir cuentas por sus crímenes, la necesidad de permanecer en el poder apelando al nacionalismo con su manto de confusiones se hizo más urgente que nunca. A esto se sumaba el derrumbe económico iniciado en 1981, el resurgimiento de la protesta obrera y el agravamiento de la competencia interna

de poder que amenazaba con fragmentar al régimen desde arriba. En verdad, todos los caminos y los fracasos de la dictadura condujeron a una aventura como Malvinas, tan ignorante de la historia del siglo XX como de la historia de las guerras: el fracaso para esconder el genocidio o consensuar su impunidad. El fracaso económico, difícil de soslayar en una situación de bancarrota como la declarada en 1981, y el fracaso político al momento de engendrar lo que el Videla denominaba “una descendencia del Proceso que no fuera el antiproceso”, sino su propia cría; sumada a la acumulación de frustraciones propias de la última dictadura alcanzan a explicar por qué la corporación militar apostó por primera vez a un general como Galtieri decidido a romper la encrucijada mediante una “huida hacia adelante” en forma de reconquista territorial con alta proyección simbólica.

Pero el tamaño de la aventura que el régimen estaba dispuesto a emprender se correspondía también con la magnitud de las frustraciones golpistas anteriores a 1976. La insoportable pesadilla que empujaba al “Proceso” a una acción como Malvinas estaba compuesta de las imágenes de 1969 y 1973: renacimientos de la protesta social que habían señalado el fracaso rotundo de los proyectos golpistas de 1955 y 1966. Esas imágenes eran nuevamente evocadas por el resurgir de la protesta en 1981 y 1982.

La intermitencia de golpes de Estado fracasados al momento de perpetuarse en el poder constituye un rasgo particular de la Argentina que singulariza a su última dictadura en el concierto de las dictaduras latinoamericanas y europeas como la franquista. Junto con Bolivia, otro país de marcada intermitencia golpista, el caso argentino presenta la ambivalencia de un golpismo adelantado y reincidente, pero relativamente débil al momento de prolongar su dominio sobre los sectores populares que, frente a las dictaduras de

⁹ Bruno Passarelli, *El delirio Armado. Argentina y Chile, la guerra que evitó el Papa*, Sudamericana, Bs.As., 1998, pp.39-41.

¹⁰ *Ibíd.*, pp.86-89.

1955 y 1966, encarnaron diversos tipos de resistencia. La pesada carga de reparar los fracasos de estas dictaduras anteriores contribuye a explicar las diferencias entre el accionar precipitado de la última dictadura argentina que se autodestruyó en Malvinas, y la manera en que perduraron las dictaduras en Paraguay (1954-1989), Brasil (1964-1985) y Chile (1973-1989). Especialmente la última de ellas controló los tiempos y la forma de la transición a la democracia del modo que hubieran deseado los militares argentinos.

Fue así como la Argentina, que había atravesado la época de los nacionalismos más exacerbados sin enredarse en los conflictos mundiales más destructivos de la humanidad (Primera y Segunda Guerra Mundial), se vio envuelta en una elemental experiencia de distorsión nacionalista. Tardíamente, en abril de 1982, llegó la hora de lo que en 1948 José Luis Romero había definido como la pesadilla nacionalista con todas sus confusiones entre “lo justo y lo injusto, lo bueno y lo malo, lo verdadero y lo falso”¹¹. Una confusión de estas dimensiones permitió que el 2 de abril Galtieri fuera aclamado por añadidura en las plazas del país, en las escuelas y en los cafés, en los estadios de fútbol y en las colas de los bancos. La ceguera sería compartida por los militares y buena parte de la sociedad que se limitó a actuar como si ignorara los peligros que se avecinaban. Unos y otros se aferraron a las ilusiones que la corporación militar fabricaba, en primera instancia, para sí misma. Al principio, la ilusión de que Inglaterra no respondería. No se percibía que para la refundación conservadora liderada por Margaret Thatcher la guerra significaba una oportunidad espléndida para superar sus propios fracasos después de tres años

de tozudo neoliberalismo.

Pero pronto se hizo evidente que Inglaterra sí respondería, que de hecho una de las armadas más poderosas del mundo estaba en camino con la asistencia de su aliado histórico, Estados Unidos. Entonces, se renovaron ilusiones basadas en la leyenda del soldado criollo que nunca había perdido una guerra, o en el voluntarismo de los argentinos que si era necesario “volverían a tirar aceite hirviendo desde los balcones como en 1806”. Si Malvinas implicó el apogeo de la irracionalidad transmitida de arriba hacia abajo, es importante distinguir su nacimiento dentro de la corporación militar de su irradiación triunfalista a la sociedad por medio del más penetrante operativo de comunicación¹².

La capacidad del régimen para instalar escenarios que prolongaran el tiempo de descuento provenía, como ya vimos, de su inmensa necesidad de enmendar los fracasos históricos del golpismo en Argentina. Pero, ¿cómo fue posible que la lucha anticomunista librada por los militares argentinos en nuestro país, en Bolivia y en Centroamérica mutara a una guerra contra el centro hegemónico del anticomunismo mundial? No es sencillo explicar que quienes habían creído encarnar la reserva moral de “Occidente” dada la supuesta defección de Estados Unidos de Carter, ahora enfrentarían al “Occidente” recuperado de Ronald Reagan y Margaret Thatcher, es decir, a sus aliados quintaesenciales. Respondiendo a este interrogante, Horacio Verbitsky concluye que Malvinas fue la culminación de una compleja serie belicista con cambios de matriz ideológica producidos por la “huida hacia delante” y la competencia interna de poder. El modo en que esta guerra

¹¹ José Luis Romero, *El ciclo de la Revolución Contemporánea*, F.C.E., Bs.As., 1997 (IV edición), p.103.

¹² Para Verbitsky el triunfalismo no había arraigado en la sociedad antes de la campaña mediática. Véase, *Malvinas. La última batalla de la tercera guerra mundial*, Sudamericana (Edición corregida y aumenta), Bs.As., 2002, cap.16.

continuó la cadena de intervenciones iniciada por la Lucha Antisubversiva, el Operativo Soberanía y la Operación Calipso demuestra, según el autor, cómo “una idea surgida en un contexto específico y con objetivos bien acotados, podía convertirse en otro proyecto, una vez metabolizada en una matriz ideológica diferente”¹³. Por extraño que parezca la guerra contra los líderes de la OTAN fue “equivocadamente” provocada por los militares argentinos que estaban dominados por anteojeras ideológicas correspondientes al mismo bando de la guerra fría que el de sus nuevos oponentes. Por razones muy laterales se estaba tornando inevitable la paradójica “última batalla de la Tercera Guerra Mundial”.

Lo paradójico del nuevo enfrentamiento nos permite plantear la siguiente pregunta. ¿Hubo en la última empresa de la dictadura argentina algo análogo a lo que Timothy Mason denominó “primacía de la política” para referirse al predominio de los intereses políticos-ideológicos de Hitler y de su partido sobre los intereses económicos de la clase dominante alemana? ¿En qué medida los intereses de la clase dominante argentina que la dictadura estaba reconstituyendo desde 1976 -y que pretendía seguir haciéndolo con un neoliberalismo más integral como el que proponía el nuevo ministro de economía Roberto Aleman-, estaban representados en la aventura bélica?

En una primera instancia todo dependía del resultado de la guerra. Si por alguna circunstancia contraria a los hechos, la última dictadura hubiera usufructuado una victoria similar a la que obtuvo Margaret Thatcher, sin que, por otra circunstancia contraria a los hechos, eso hubiera aislado a la Argentina del centro del capitalismo mundial, es de imaginar que este hipotético escenario podría haber permitido a los grupos económicos consolidar sus reformas

tendientes a un neoliberalismo completo, con privatizaciones como las que propiciaba Aleman¹⁴. Lo cierto es que siendo el resultado tan distinto, Malvinas pronto sería vista por los grupos económicos como una peligrosa aventura de los militares cuya permanencia en el poder se tornaba cada vez más imprevisible. En 1981, el embajador norteamericano Raúl H. Castro había reportado en un informe a su gobierno: “si Massera llegara a ser alguna vez el nuevo caudillo de la Argentina es imposible imaginar qué política aplicaría”¹⁵. En 1982, era la corporación militar que transmitía esa sensación a los gobiernos del mundo y a la clase dominante local. Curiosamente, dentro del espectro político argentino una de las voces más reacias a la guerra de Malvinas fue la de Álvaro Alsogaray, el más insistente mentor del neoliberalismo profundo e idiosincrático al estilo Hayek, Friedman y Thatcher que existió en la Argentina.

A diferencia de la Alemania nazi, durante Malvinas, no llegaría a implantarse una economía de guerra en la que se implementaran contribuciones obligatorias que afectaran directamente a los sectores dominantes bien representados por el ministro Aleman. Por el contrario, a poco de asumir, Galtieri otorgó a su ministro de economía luz verde para llevar cabo un plan de ajustes y privatizaciones a gran escala, mucho más decididas que las privatizaciones periféricas llevadas a cabo por Videla y Martínez de Hoz.

No obstante, el marco de imprevisión había llegado tan lejos que en el seno del *establishment* económico comenzaba a instalarse la idea de abandonar a los “compañeros de viaje”. Según Eduardo Basualdo, “el Partido Militar” había dejado de ser funcional a la

¹³ *Ibid.*, p.53.

¹⁴ Siempre y cuando lo permitiera la consiguiente oleada nacionalista que la victoria traería aparejada.

¹⁵ Seoane y Muleiro, *op. cit.*, p.355.

consolidación del nuevo modelo económico que requería mantener fluidos los flujos de capital con la banca internacional¹⁶. Había llegado el momento de recuperar el control cedido a los militares. Los sectores dominantes podrían hacerlo en parte porque no había perdido su autonomía, y sobre todo porque los militares ya no tenían cómo sostenerse en el poder. A diferencia de la Alemania nazi donde las burguesías más encumbradas habían perdido su control del Estado en manos del Nacional Socialismo¹⁷, en la Argentina quedaba de manifiesto lo blanda y efímera que había sido la “primacía de la política” sobre los intereses económicos en el final de la dictadura. En este aspecto, el “Proceso”, siempre había estado lejos de ser un “totalitarismo” independiente de la clase dominante, tal como Arendt o Mason concebía al régimen nazi.

Sin embargo, la más planificada de las dictaduras que hubo en la Argentina acabó por convertirse en la experiencia de poder más improvisada. Tomar como eje de análisis la continuidad de convocatorias nacionales tendientes al enfrentamiento contribuye a explicar el final estrepitoso de la última dictadura. Desde marzo del 76 hasta Malvinas y la retirada del 83, el “Proceso” fue un bloque atravesado por una compleja dinámica de desarrollo en la que los primeros hechos fueron forjando impulsos que conducirían a los últimos. Hemos señalado cómo Malvinas, la última empresa de la dictadura, sólo puede explicarse tomando en cuenta la interacción de episodios que conforman la serie desde los crímenes iniciales.

¹⁶ Eduardo Basualdo, *Sistema político y modelo de acumulación en la Argentina. Notas sobre el transformismo argentino durante la valorización financiera*, Universidad Nacional de Quilmes, Bernal, Agosto de 2001, pp.35-36.

¹⁷ Véase Thimoty W. Mason, “La primacía de la política: política y economía en la Alemania nacionalsocialista”, en *El fascismo europeo*, S.J. Woolf (comp.), Grijalvo, México, 1974.

A su vez, el eje de las convocatorias nacionales es útil para indagar la relación entre el régimen y la sociedad argentina que una y otra vez se vio envuelta en las empresas que sus captores le formularon. Las fantasías de éxito y de perduración en el poder que el “Proceso” fue concibiendo tuvieron buena acogida en vastos sectores de la sociedad: “los desaparecidos no existen, son un invento de la campaña antiargentina”, la plata dulce y la invasión de artículos importados como señal de un relanzamiento económico del país, el triunfalismo de Malvinas, son sólo algunas de las ficciones de corta duración, pero de mucha intensidad, que el régimen logró instalar a través del control de los medios.

No es un objetivo de esta presentación abordar un punto tan complejo y abarcador, pero a modo de final, quisiera plantear una observación en la que se desliza un criterio de abordaje.

En los últimos años han proliferado estudios y relatos sobre la resistencia obrera, barrial, artística o estudiantil, pero muy pocos sobre los sectores atomizados, sobre los individuos que procesaron la propaganda oficial en soledad y llenaron las plazas durante el Mundial 78 y Malvinas: los efímeros hombres-masa del “Proceso” que absorbieron la propaganda oficial en el marco de lo que Arendt consideraba la soledad organizada por la dominación total. Reconstruir la recepción social de las ficciones que el régimen montaba, es instalarnos en el cotidiano mental de quienes se encontraban básicamente aislados de cualquier contradiscurso. Arendt señalaba que las masas de la sociedad totalitaria solían surgir no sólo de una sociedad aislada del mundo exterior, sino también de una sociedad muy fragmentada por la competencia interna: para ella “la característica principal del hombre masa no era su brutalidad sino su aislamiento y su falta

de relaciones sociales normales”¹⁸.

Respecto a la dictadura argentina apenas ha comenzado a desarrollarse una “historia desde abajo”, socialmente discriminada que contemple a su vez otras variables de recepción. Los distintos modos en que esa dictadura es interpretada no sólo se vinculan con las “visibilidades” propias de cada lugar de la estructura social, sino también, con la cercanía o lejanía de los circuitos de información alternativos que permiten poner en duda la propaganda oficial, trascender la “desinformación organizada” y la manipulación emocional.

Como sucedió con otras experiencias catastróficas acerca de las cuales se trata de determinar el grado de complicidad, oposición, resistencia, indiferencia, negación, o evasión de los distintos sectores sociales, las imágenes de la última dictadura importan tanto como el hecho histórico.

¹ Arendt, *op.cit.*, Vol. 2, p.398.

¹⁸ Arendt, *op.cit.*, Vol. 2, p.398.